

no han llegado á separar bien el espíritu esencial y eterno de su envoltura terrestre. Los parientes y amigos llenaban los panteones con estatuas de los muertos, como para conservar en aquellas formas completamente materiales mejor su vida espiritual. Además, ofrecíanle toda suerte de manjares, como para un largo pero material viaje. Así vemos á los difuntos pintados en toda salud, abierto el grueso labio para recoger aire y expedir palabras, relumbrantes los ojos, cubiertos de blanco lino, montados en carroza que preceden dos negros nubios y tirados por dos caballos sirios, el bastón de oro en la mano izquierda, el látigo en la diestra, el buey de los campos á un lado, la barca del Nilo á otro, por mil cantares bendecidos y trascendiendo á espirituosas esencias. El embalsamamiento exigía complicadas ceremonias, que significaban, como se creía en Egipto, desposada la vida del cuerpo con la vida del alma.

No se puede pintar con exactitud un funeral egipcio á causa de su grande complicación. Las ceremonias se suceden unas á otras en tropel y se complican en grandes é intrincados laberintos de fórmulas sin salida. Desde que abandonan el cadáver á los embalsamadores hasta que lo depositan en aquellas ciudades fúnebres con calles y plazas de sepulcros ¡cuánto no exige la vieja liturgia! Juicio de los muertos, deposición de los testigos, procesiones inacabables parecidas á las procesiones religiosas, paso del Nilo para congraciarse con sus dioses, oraciones fúnebres, elogios convencionales, himnos elegíacos, tañidos de arpas, voces de dolor, todo prolongaba

la estancia del difunto en esta tierra y su comunicación sobrenatural con la familia. Pero, leyendo los libros llamados de los muertos allí, hojeando los residuos de su gran literatura, compréndese fácilmente como quien llora más en aquellos instantes tristes y luctuosos, quien preside á estas festividades terribles, quien intercede con los dioses, quien prepara la cámara fúnebre donde habitará el muerto y apercibe aquel tálamo donde reposará en sueño eterno, es la mujer, de cuyos labios se desprende la canora elegía que llega como una oración hasta la eternidad. Y lo que principalmente se destaca de todo aquel complicado ceremonial funerario es la planífera, conservada en muchos pueblos hasta nuestros días, y cuyos sollozos parecen realmente los únicos propios para lamentar la muerte y percibir la eternidad. Hemos hecho este largo viaje desde los conceptos teológicos que presiden la organización de una familia en el cielo hasta la parte que la mujer toma en el entierro, para explicar la grandísima cultura egipcia por su más sencilla y su más natural explicación, por la influencia del sexo hermoso sobre el sexo fuerte, influencia manifestada en todo, así en las alturas luminosas del cielo como en las oscurísimas profundidades del sepulcro. Hoy es, tras tantos siglos, y la Isis bendecida por los antiguos egipcios se levanta como una estatua indestructible sobre las ruinas del viejo y sacro Egipto.

Continuemos estudiando la historia del sexo hermoso y viendo las transformaciones varias que ha experimentado en el tiempo su condición social. Indudablemente la tierra ofrece al espíritu escena-

rios diversos, y los pueblos se asocian puestos en movimiento por indeliberados impulsos á razón de su geografía. Si las orillas del Nilo retrataron las diademas hieráticas de los Faraones, debían á su vez las orillas del Tigris y del Éufrates retratar por su parte las diademas verdaderamente mágicas de asirios y caldeos, ó sean los reyes de Mesopotamia. En los inmensos desiertos que cubren, así el Asia occidental, como el África oriental, extiéndense tres grandes oasis en las cuencas de los tres grandes ríos: del Tigris, del Éufrates, del Nilo. Armenia es para los asirios y para los caldeos lo que Nubia y Abisinia para los egipcios. Así como el Nilo pasa por estas regiones antes de penetrar en Egipto, el Tigris y el Éufrates fluyen de las montañas armenias para luego extenderse y dilatarse hasta las aguas del golfo pérsico. En climas de tanto calor como aquellos climas; en tierras de tal desolación como el desierto inmenso; bajo aquel cielo caldeado como la bóveda roja de un horno; sobre las arenas encendidas, á modo de rescoldo, un río fecundante, que produce con su vivificadora humedad flores, frutos, faunas sin número, debía irremisiblemente atraer á sus orillas pueblos idóneos para una grande civilización. Tended los ojos por los antiguos mapas y por las seculares cronologías, pues con cuidado estudiándolos advertiréis cómo el Indo y el Ganges, el Tigris y el Éufrates, el Nilo y el Jordán, agrupan civilizaciones varias que han formado como la urdimbre y tela de la humana vida. En tal manera, los intereses agrupados alrededor del Nilo se relacionan por fuerza con los intereses agru-

pados alrededor del Éufrates que, desde los tiempos más antiguos, los poderosos de una y otra región, Faraones, Nabucodonosores, Califas, Soldanes, llámense como se quiera, en todas circunstancias, bajo todas las instituciones, han pugnado por dominar en la región vecina, desarrollándose así, como en una especie de ritmo, sus sendas, pasmosas civilizaciones y culturas.

Cuando se contemplan las viejas leyendas asirias descúbrese que lo más divinizado en aquellos desiertos es el cazador y la caza. Los colosos tallados en el granito representan héroes rompiendo cabezas de serpiente ó estrujando cuerpos de leones. Todo el simbolismo de la fuerza general, que ha limpiado aquella tierra de monstruos, concéntrase, con arte instintivo, sobre Nemrod, gigante nacido del seno de una tierra humedecida todavía por las inundaciones de los tradicionales diluvios. Así los ardores del aire, mezclados con las humedades del suelo, generan tal número de bestias feroces, que se necesitan los instrumentos del combate para perseguirlas y exterminarlas, dando paz á pueblos probados en estas competencias con las especies inferiores. Por las arenas del desierto rugen los leones; entre los juncas producidos por la filtración del agua fluvial se esperezan los tigres; abren los chacales sus madrigueras en los ribazos, y la serpiente se desliza, como sobre alfombras, por aquellos prados, cubiertos de unas flores, tan ricas en matices, que tiñen con sus jugos hasta los cuerpos de las jaurías expeditas á la caza. Un cazador que contrastase todas estas fuerzas y redimiese al hombre de la ser-

vidumbre á que pueden las especies inferiores sujetarlo, debía representar por fuerza todo lo más pródigo y todo lo más beneficioso á la naciente sociedad, que, agradecida, ponía estos bienhechores en la estirpe inmortal de sus más adorados sémidioses. Por eso el cazador Nemrod personifica estos imperios y lleva en la historia el renombre de haber fundado á Babilonia y Nínive.

Descendiéndolo el Tigris y el Éufrates de altas montañas armenias y desaguando en el golfo Pérsico, debía, por fuerza, en tan largo y variado curso, atraer y juntar muchas razas distintas, y aun contrarias, en torno de sus fecundas riberas. Semitas, arios, tártaros, se bañan en sus aguas ó discurren por los desiertos vecinos á su cuenca. De consiguiente, cada cual, entre tan varios pueblos, traerá su contingente de leyendas; y para someterlos y uniformarlos á todos, precisará la unidad absorbente de un imperio militar fortísimo. El semita forja su leyenda en torno del cazador Nemrod, mientras el ario forja su leyenda en torno de Nino, y, sobre todo, de su mujer Semíramis, que levantan, sobre una tierra dispuesta para la civilización por los cazadores, poblaciones colosales y múltiples de inmensa extensión y varia cultura, templos para los dioses, escuelas para la ciencia, fábricas para la industria, colmenas para el trabajo, solios para el gobierno. Según la tradición semítica, Nemrod fundó á Nínive y á Babilonia; pero, según la tradición aria, Nino fundó á Nínive, y á Babilonia la fundó Semíramis. El Nemrod asirio se parece al Melcarto fenicio, dios de su misma raza, especie de

maravillosos Hércules engendrados por la sociedad y por la naturaleza para con sus esfuerzos y con sus trabajos exterminar las especies inferiores y hacer la tierra una mansión digna y propia del hombre. Pero si Nemrod se parece á los Hércules fenicios, Semíramis se parece á las Venus griegas. El gigante que destroza un león feroz contra su pecho, transfórmase aquí en blanca paloma, que aletea y arrulla, semejante á las palomas puestas por la hermosísima y armoniosa mitología para tirar del carro de los dioses.

Fenómeno singular; este fortísimo imperio asirio hállase personificado en una mujer, y en una mujer ebria de amores. Su madre, que la hubo con dolor y vergüenza, escondióla en árbol recatado, y confiándola de tal suerte á las voluntariedades y cambios del destino, lanzóse á las aguas y se convirtió en pez. Las palomas del valle cuidaron de la pobre niña por aquel modo expuesta. En sus picos menudos cogían gotas de leche á los pastoriles odres y las depositaban sobre los rosados labios de la misteriosa protegida. Conforme fué creciendo allí en la soledad, las palomas fueron aportando mayores y más sólidos alimentos. Si en los primeros días la llevaban leche, llevábanla á su vez, en los años primeros, blandos y sabrosos quesos. Este robo continuo y diario de los piadosísimos y tiernos animales despertó tal interés en los robados, que siguieron sus vuelos con los ojos y acecharon el sitio donde se paraban. Allí encontraron, como la rosa en su rosal, como el ruiseñor en su nido, como la perla en su concha, como la estrella en su engarce, á la niña

milagrosa, sustentada con tales recursos de aves tenidas por santas en la memoria y en el culto de todos los pueblos. Esta es la hora en que han pasado siglos y siglos sobre tales prehistóricas leyendas. Las torres levantadas por Nemrod se han caído como si la tierra se las hubiera tragado en sus abismos; de aquellos templos guardados por esfinges y resonantes de oraciones hanse hundido hasta las ruinas; apenas acierta el viajero, socavando mares de arenas, á encontrar, no ya el esqueleto, el espacio donde residieron esas ciudades coronadas por millares de torres, y la blanca tímida paloma por los buriles asirios cincelada en humildes ladrillos todavía bate sus alas sobre la cumbre de nuestros altares y bajo los solios de nuestros púlpitos, significando lo que significaba entonces, una representación material del espíritu divino en la tierra.

Pero continuemos la historia de Semíramis ó, mejor dicho, la tradición de Semíramis, para demostrar cómo una mujer significa y representa en su persona la cultura de los caldeos imperios. Formados éstos de razas tan contradictorias como ya hemos dicho, necesitaban que superior unidad los mantuviese con su fuerza y los coronase con su brillo. Y como antes que la fuerza en las antiguas regiones asiáticas servía la superstición, todos los reyes trataban de unir ó entroncar su nombre y su sangre con los dioses, á fin de tener un título á cuya virtud pudiesen imperar sobre la tierra. Nino se decía descendiente de Belo, el dios de los combates, é invocando esta militar ascendencia, dilataba por tierras y tierras sus conquistas. De un lado había

ido hasta los montes más altos de Armenia, y de otro lado hasta las puertas mismas de India. En la Bactriana combatía, y á Bactres asediaba, cuando, en lo más terrible del sitio y en la más apurada situación de su empresa, próximo á retirarse con vergüenza de su empeño, una mujer, vestida como las antiguas amazonas, con casco refulgente sobre la cabeza y áurea lanza en las manos, aparece por un punto de la muralla señalando el flaco único y la brecha fácil en aquella invencible ciudad. Nino pregunta qué diosa con apariencia de mujer se ha presentado á salvarle, y como le dijese que Semíramis, esposa de un sátrapa y general suyo, la separa del marido, quien se ahorca por esta separación, y la lleva consigo, trastornado de amor, al trono y al tálamo.

Semíramis representa la leyenda épica de la conquista del imperio asirio. Ella se levanta por montañas adonde no llegan jamás las nubes, y que tienen la tempestad y el rayo como cinturón de sus faldas; ella penetra en las selvas inexploradas del Trópico y ahuyenta, como Nemrod, las especies carniceras y enemigas del hombre; ella surca el Nilo en la barca de sus estanques babilonios y cuelga sus escudos en los templos de la Nubia, donde se oyen los temerosos oráculos de Ammón; ella funda Babilonia con sus millares de palacios y con sus millones de terrazas, llena de templos, donde todas las divinidades conquistadas se juntan, y de observatorios, adonde bajan las estrellas del cielo para referir sus secretos, ceñida de jardines abiertos en las altas rocas y velada por estatuas colosales, que

parecen testigos de los primeros días de la creación y mudos confidentes de los secretos del cielo y del desierto, simbolizando así en la epopeya y en la historia con esta vida tan alterada y al mismo tiempo tan rica en construcciones maravillosas, la gran civilización extendida por los desiertos que han limpiado de monstruos el cazador y la caza. Indudablemente las diosas en las viejas teogonías aparecen como encarnaciones múltiples de ideas. Y esto es y representa Semíramis representa el templo que no podrá ser turbado por el silbido y el arrastre de la serpiente, el dios que no podrá ser sorprendido por la turba de los chacaes hambrientos, la torre altísima desde donde los astrólogos deletrean y descifran los misteriosos jeroglíficos que las estrellas trazan en sus elipses luminosas, el triunfo de la fuerza humana sobre la fuerza bruta, el espectáculo de la civilización defendiéndose contra las múltiples fatalidades, así del espacio como del tiempo, los luminares del espíritu que surgen esplendentes y deslumbradores sobre aquellos inmensos espacios del asiático desierto.

Este imperio, á pesar de su grandeza y de su extensión, veíase aquejado á la continua por una irreparable debilidad. A veces llegaba desde las puertas de Indias á las puertas de Nubia, y desde los montes armenios á los mares pérsicos. Pero, en la imposibilidad completa de contener tanta extensión dentro de un Estado, lo que ganaba en fuerzas materiales y en dimensiones desproporcionadas perdíalo en estabilidad. Dentro de la paz, y cuando todo, más aún que pacífico, parecía inerte,

levantábase un viento de los desiertos que batía los pueblos en armas, después de aglomerarlos en montones, y los conducía de un punto á otro á la guisa que conducen los vientos y los huracanes en sus alas montones y cordilleras de arenas. Unas veces Nínive luchaba con Babilonia; otras veces la Mesopotamia entera se deshacía y liquidaba en mares de sangre. Ya el semita pugnaba con el ario; ya el mongol bajaba de las mesetas del Asia como un alud terrible de fuego sobre las orillas del Tigris. Y mientras el armenio se resistía con toda suerte de resistencias al yugo asirio, asomaba el escita en irrupciones asoladoras, llevando por doquier el incendio y la muerte. Así cuéntanse tantos triunfos como catástrofes en los anales caldeos. Y junto á los nombres de Nino, Semíramis y Nabucodonosor, que representan la victoria, vense los nombres de Baltasar y de Sardanápalo, que representan la desgracia y la derrota. Pocos imperios tan formidables, pues, como estos de Asiria y de Caldea por el número de sus conquistas, por la fuerza de sus conquistadores; pero pocos imperios tan sujetos á eclipses largos, y aun á ocasos perpetuos, por su misma extensión y por su incomparable grandeza.

Así no puede menos de maravillarnos que sociedad tan por extremo necesitada de múltiples guerreros, como la sociedad caldeo-asiria, tenga en sus anales, ricos en guerreros, dos mujeres de tal autoridad y pujanza, que representan la conquista en toda su fuerza, la civilización aquella en todo su esplendor, y la victoria con toda su magnitud. Ya hemos hablado más arriba de Semíramis, hable-

mos ahora de Nitocris. Mujer de Nabopolassar, provenía del Egipto y en egipcio llamábase la Noche victoriosa. Como Semíramis, la ilustre antecesora suya, distinguíase tanto en el combate como en el trabajo. Para detener las ambiciones medas, combinó con los muros los ríos, defendiendo por medio de obras hidráulicas á Babilonia. Un lago, especie de artificioso mar, también sirvió para resguardo y seguro, proporcionándole así medios de inundar todos aquellos alrededores y detener las irrupciones. Dividida en dos partes la ciudad juntóla por medio de maravillosos puentes. Madre de Nabucodonosor, transmitió á su hijo toda la fuerza y toda la inteligencia que había empleado ella en el gobierno de Caldea. Nos hemos detenido ante las dos mujeres históricas de tan maravillosa región por un motivo bien llano, porque representan ellas, entre tantos guerreros y conquistadores, dos fuerzas provenientes de dos almas grandes y demostrativas del influjo que la mujer ha ejercido en todos los tiempos y en todos los pueblos. Nada más impropio de las facultades femeniles que los ejercicios indispensables para sostener un Estado complicadísimo por sus fuerzas múltiples y militar por su organismo interno como el Estado asirio. Mas cuando en sus rudas condiciones allega é ilustra dos mujeres del genio y del valor en Semíramis y en Nitocris reconocidos, prueba indudablemente que la mujer ejercía un grande influjo sobre toda aquella sociedad.

Con la misma facilidad que se había formado el imperio asirio en la hermosa Nínive, y el imperio

caldeo en la no menos hermosa Babilonia, formábanse otros imperios como el de los medas y el de los persas en torno suyo capaces uno y otro de juzgar y perder á sus dos ilustres modelos. Cuando Nabucodonosor llegaba en sus conquistas á la mayor y más extraordinaria pujanza, en términos de que Asia se durmiera como sierva infeliz bajo sus plantas, y él se adorara con orgullo á sí mismo en los altares babilonios, Daniel, un profeta imbuído en dos ideas capitales, en Dios y en la libertad, anunciaba cómo aquel poder fortísimo adolecía de males irremisibles y se resquebrajaba por todas partes, descansando su cabeza de oro sobre frágiles piés de barro. En efecto, la historia dice como los conquistadores todos pueden con mayor facilidad allegar una conquista que conservarla. Estos grandes ejércitos, compuestos por tribus á caballo, condénsanse con facilidad suma, y con la misma facilidad con que se han condensado se deshacen. El jinete, muy apto para el ataque, no tiene igual aptitud para la defensa. Imperios cabalgando siempre parecían los imperios babilonios. Y así acostumbraban á desmontarse, como se habían montado, con grandísima rapidez. Apenas el soberbio Nabucodonosor, aquel coloso de los desiertos, se había recostado en su sepulcro de granito, cuando trajeron los vientos rumores varios de amenazas terribles, diciendo que un pueblo de lejanos montes descendido se avecinaba é iba como torrente subterráneo á romper bajo las bases de Babilonia é inundarla con sus terribles irrupciones.

La voz profética de los hebreos anunciaba esta

catástrofe años y años seguidos, como si el desierto hubiese confiado á los hijos de Israel los misterios envueltos en el celaje dudoso de lo porvenir. Babilonia debía correr la misma terrible suerte que había infligido á Jerusalén. «Baja, gritaban los profetas, y arrástrate por el polvo, virgen hija de Babilonia. Asíentate aquí en la tierra y no en el trono, hija de los caldeos. No volverán las gentes á llamarte delicada y voluptuosa. Coge tus piedras y muele tu trigo como hace la triste hija de Sión. Desgarra tus velos y levántate hasta las rodillas la ropa mostrando tus piernas desnudas al vadear los torrentes, porque ha sonado la hora de que te veamos desnuda y nos enseñes tus vergüenzas.» Y cuando esto decían, nuevos templos y nuevos palacios se levantaban en Babilonia, con dragones de bronce á sus puertas, con toros colosales de granito á sus avenidas, con estatuas de plata maciza en sus altares, con planchas de oro cuajadas por piedras preciosas en sus maravillosos santuarios. Y, efectivamente, Ciro, el rey de los persas, iba poco á poco aproximándose por el Norte á Caldea, mientras llegaba, por desgracia de su imperio, un emperador predestinado á recoger en sí mismo y á representar todas las desgracias y todas las ignominias de su raza. El nombre de Baltasar, como el nombre de Sardanápalo, se parece al nombre de Augústulo, al nombre de Carlos II, á tantos otros nefastos como han oscurecido la historia y han maculado la tierra. Ciro tomó á Babilonia cuando Babilonia estaba por completo ébria de placer y entregada con enajenación verdadera en brazos de sus vicios.

Habíanse dormido en la borrachera y no se despertaron jamás. Aquellos tigres del desierto murieron pasados á cuchillo como reses en el matadero. El rey Baltasar ofrecía entre nubes de mirra é incienso, al són de suaves conciertos, un festín á mil cortesanos propios, en cuyo festín cada cual bebía según su dignidad. El rey, tomado ya del vino, mandó que se sirviera y escanciase á todos en vasos traídos del templo de Jerusalén aquellos embriagantes y ardorosos zumos. Una vez traídos, repartió sorbos y besos con sus voluptuosas concubinas. Y al mismo tiempo que apuraban el placer en las copas reservadas al Dios del espíritu, bendecían con loas insensatas los dioses de la materia. Y entre tantos vapores, tantas armonías, el olor de los pebeteros, el olor de los incensarios, el eco de las risas y de los besos, misteriosa mano escribió la terrible sentencia del imperio entre las emanaciones del festín. Vióla Baltasar, y se conturbó su espíritu, y se resintieron sus riñones, y se chocaron los huesos de sus rodillas, los dientes de sus quijadas. Entonces vino Daniel, é interpretando las palabras escritas en las paredes, anunció la muerte del imperio. Y apenas habíala con tristísima entonación anunciado, cuando los persas entran y degüellan al rey sobre los lechos mismos de su fiesta y entre los coros de sus viles cortesanos. Así cayó aquella tiranía levantada sobre las espaldas de tantos y tantos siervos. Una matanza horrible demuestra cómo se había colmado la copa de las iras celestiales. Lo que comenzó en una conquista concluyó en una orgía. Asiria y Nínive murieron peleando; Caldea